

# La Tristeza de la Cruz Convertida en Gozo

## NO. 1442

UN SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 3  
DE NOVIEMBRE, 1878,  
POR CHARLES HADDON SPURGEON,  
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.

*“De cierto, de cierto os digo, que vosotros lloraréis y lamentaréis, y el mundo se alegrará; pero aunque vosotros estéis tristes, vuestra tristeza se convertirá en gozo. La mujer cuando da a luz, tiene dolor, porque ha llegado su hora; pero después que ha dado a luz un niño, ya no se acuerda de la angustia, por el gozo de que haya nacido un hombre en el mundo.  
Juan 16:20-22.*

Acabamos de cantar un himno cuya primera estrofa abre una difícil pregunta—

*“Consumado es;’ ¿elevaremos  
Cantos fúnebres o himnos de alabanza?  
¿Plañiremos viendo a nuestro Salvador morir,  
O proclamaremos Su victoria?*

El caso está sólidamente argumentado en la segunda y tercera estrofas—

*“Si hablamos del Calvario,  
¿Cómo podrían abundar himnos de triunfo?  
Si del hombre redimido de condena,  
¿Cómo podrían brotar notas de llanto?  
Nuestra es la culpa que traspasó Su costado,  
Nuestro el pecado por el que murió;  
Pero la sangre que fluyó ese día  
Lavó nuestro pecado y nuestra culpa.”*

La conclusión a la que llegamos en la última estrofa me parece la correcta—

*“¡Cordero de Dios! Tú muerte ha dado  
Perdón, paz, y esperanza del cielo:  
‘Consumado es;’ ¡elevemos  
Himnos de gracias y alabanzas!”*

El pensamiento predominante relacionado con la muerte del Redentor, debe ser de alabanza agradecida. Que nuestro Señor haya muerto en la cruz es una fuente muy natural de tristeza, y muy bien pueden quienes lo traspasaron (y todos nosotros nos contamos entre ellos), mirarle y llorar por su pecado y afligirse por Él, como quien se aflige por su primogénito. Antes de saber que hemos sido perdonados nuestra aflicción tiene que ser sumamente opresiva, pues mientras el pecado no sea quitado, somos culpables de la sangre del Salvador. Mientras nuestras almas sólo

estén conscientes de nuestra parte de culpabilidad de la sangre del Redentor, debemos quedarnos espantados ante el espectáculo del maldito madero; pero el caso cambia cuando discernimos por fe el fruto glorioso de los sufrimientos de nuestro Señor, y sabemos que en la cruz, Él nos salvó y triunfó en la obra. El sentimiento de dolor al ver al Salvador crucificado debe ser cultivado en cierta medida, especialmente si procuramos evitar el mero sentimiento y convertimos nuestro dolor en arrepentimiento: entonces es “tristeza que es según Dios,” que contrista según Dios y promueve en nosotros un intenso horror al pecado, y una firme resolución de alejarnos de toda comunión con las obras de las tinieblas. Por eso no condenamos a quienes predicán frecuentemente acerca de los sufrimientos de nuestro Señor, con miras a provocar emociones de dolor en los corazones de sus oyentes, pues tales emociones tienen una influencia suavizante y santificante si van acompañadas de fe, y son dirigidas por una sana sabiduría.

Hay, sin embargo, un camino intermedio en todo, y debemos seguirlo, pues nosotros creemos que tal predicación puede ser llevada al extremo. Es sumamente notable e instructivo que los apóstoles, en sus sermones o epístolas, no hablaron de la muerte de nuestro Señor con algún tipo de pesar. Los Evangelios mencionan su angustia durante la ocurrencia misma de la crucifixión, pero después de la resurrección, y especialmente después de Pentecostés, no oímos de tal tristeza. Si me limitara a los dichos y a los escritos de los apóstoles, difícilmente encontraría un pasaje en el que me pudiera basar, para predicar un sermón sobre la tristeza por la muerte de Jesús. Por el contrario, hay muchas expresiones que tratan sobre la crucifixión en un espíritu de gozo exultante.

Recuerden la tan conocida exclamación de Pablo: “Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo.” Él tenía, sin lugar a dudas, una idea tan vívida de las agonías de nuestro Señor, que ninguno de nosotros podría alcanzar jamás, y sin embargo, en lugar de decir: “Pero lejos esté de mí cesar de llorar a la vista de mi Señor crucificado,” él declara que se gloria en Su cruz. La muerte de Cristo era para él un motivo de regocijo, e incluso una razón para gloriarse; no guardó atroces ayunos para conmemorar la redención del mundo. Observen muy bien la exaltada nota con la que habla de la muerte de nuestro Señor en la Epístola a los Colosenses: “Anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz, y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz.”

Y cuando leen la Epístolas de Juan, donde abunda naturalmente todo el sentimiento y la ternura, no escuchan ningún llanto ni lamento, sino que él habla de la sangre que purifica, que es el propio centro del gran-

dioso sacrificio, de una manera tranquila, quieta y feliz, que está muy lejos del dolor explosivo y del derramamiento de lágrimas. Juan dice: “Si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado.” Esta alusión a la sangre de la expiación sugiere más bien gozo y paz, que tristeza y agonía. “Este es Jesucristo,” dice Juan, “que vino mediante agua y sangre; no mediante agua solamente, sino mediante agua y sangre;” y es, evidentemente para él, un tema de congratulación y deleite más bien que un motivo de tristeza, que viniera por sangre así como por agua.

También Pedro, cuando menciona la muerte de su Dios y Señor, habla de “la sangre preciosa de Cristo,” pero no con palabras de tristeza, y no describe a nuestro Señor, cargando con nuestros pecados en Su propio cuerpo sobre el madero, con un lenguaje de lamento. Él dice de quienes sufrieron por el Evangelio: “Gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo.” Ahora, si él encuentra gozo en esos padecimientos nuestros que están en comunión con los padecimientos de Cristo, deduzco que, con mayor razón, encontraba una base para regocijarse en los padecimientos del propio Cristo.

Yo no creo que “la agonía de tres horas,” la iglesia a oscuras, el altar de luto, los dobles de las campanas, y todos los otros falsos ritos fúnebres de la superstición, reciban el menor estímulo del espíritu y del lenguaje de los apóstoles. Esas verdaderas farsas en las que la crucifixión es remedada el Viernes Santo, son más dignas de las mujeres paganas que lloran por Tamuz, o de los sacerdotes de Baal dando voces e hiriéndose con cuchillos, que de una asamblea cristiana que sabe que el Señor no está aquí, pues ha resucitado.

Lamentemos, sin duda, que Jesús murió; pero de ninguna manera hagamos del luto el pensamiento prominente vinculado a Su muerte, si por su medio hemos obtenido el perdón de nuestros pecados. El lenguaje de nuestro texto permite y a la vez prohíbe la tristeza; da permiso de llorar, pero sólo por un tiempo, y luego prohíbe todo llanto posterior mediante la promesa de convertir la tristeza en gozo. “Vosotros lloraréis y lamentaréis,” esto es, mientras agonizaba y estaba muerto y enterrado, Sus discípulos estarían sumamente angustiados. “Pero aunque vosotros estéis tristes, vuestra tristeza se convertirá en gozo;” su dolor llegaría a un término cuando le vieran resucitado de los muertos; y así fue, pues leemos: “Y los discípulos se regocijaron viendo al Señor.” Para su incredulidad, el espectáculo de la cruz era tristeza, y únicamente tristeza; pero ahora, para el ojo de la fe, es la visión más feliz que pueda contemplar jamás el ojo humano: la cruz es como la luz de la mañana, que pone fin a la larga y lúgubre oscuridad que cubría a las naciones.

Oh, heridas de Jesús, ustedes son como estrellas, hendiendo la noche de la desesperación del hombre. Oh, lanza, tú has abierto la fuente de salvación para el dolor mortal. Oh, corona de espinas, tú eres una constelación de promesas. Los ojos que estaban rojos de llanto, brillan con esperanza ante Tu visión, oh Señor sangrante. En cuanto a Tu cuerpo torturado, oh Emmanuel, la sangre que se derramó de allí clamó desde la tierra, y proclamó paz, perdón, y el Paraíso para todos los creyentes. Tu cuerpo, oh divino Salvador, aunque fue depositado en la tumba en medio de las lágrimas de Tus amigos, no está más en la tumba de José, pues Tú has resucitado de los muertos, y encontramos en los himnos de resurrección y de ascensión, un abundante solaz para las tristezas de Tu muerte. Como una mujer a la que le nace un hijo, olvidamos el dolor por el gozo del glorioso nacimiento que la iglesia y el mundo pueden ahora contemplar con el máximo deleite, cuando miran a Jesús “el primogénito de entre los muertos.”

Ustedes adivinarán con facilidad que el tema para esta mañana es: cuánto debemos afligirnos por la muerte de Jesús, y cuánto más se nos permite gozarnos en esa muerte. El primer punto será, *la muerte de nuestro Señor fue y todavía es un tema de tristeza*; pero en segundo lugar, *esa tristeza es transmutada en gozo*. Después de haber meditado en estos dos puntos, vamos a considerar por un poco de tiempo, *un principio general que subyace a toda tristeza santa así como esta forma particular de ella*.

**I.** Primero, entonces, LA MUERTE DE NUESTRO SEÑOR FUE Y ES UN TEMA DE TRISTEZA. Quiero enfatizar que así *fue*, porque durante los tres días que nuestro Salvador estuvo sepultado, había más motivo tristeza del que puede haber ahora que Él ha resucitado.

Primero que nada, para los discípulos, la muerte de Jesús fue *la pérdida de Su presencia personal*. Era un gran deleite para esa pequeña familia, tener siempre al Señor en medio de ellos como su padre y su maestro, y fue un gran dolor para ellos pensar que ya no oirían más Su amante voz, ni atisbarían la sonrisa de Su benéfico rostro. Acudir a Él con todas sus preguntas, volar a Él en cualquier momento de dificultad, recurrir a Él en cada hora de tristeza, les producía indecibles consuelos. Felices eran los discípulos, felices de tener tal Maestro siempre a su disposición, en comunión de amor con ellos, guiándolos mediante Su ejemplo perfecto, animándolos con Su gloriosa presencia, satisfaciendo todas sus necesidades y protegiéndolos de todo mal. ¿Se sorprenden que sus corazones estuvieran angustiados ante el prospecto de Su partida? Ellos sentían que serían como ovejas sin pastor: niños huérfanos separados de su mejor amigo y ayudador. ¿Se sorprenden, pregunto, que lloraran y se lamentaran cuando la Roca de su confianza, el deleite de sus ojos y la

esperanza de sus almas, les fue quitada? ¿Qué pensarían si el mejor amigo de ustedes en la tierra les fuera arrancado por una lamentable muerte? Ellos estaban tristes no sólo por su propia pérdida personal por Su partida, sino porque Él mismo les era muy querido. No podían soportar que se fuera Aquel en quien sus corazones centraban todo su afecto. Su tristeza demostraba que sus corazones eran leales a su Amado, y nunca estarían dispuestos a recibir a otro ocupante para que se sentara en el trono de sus afectos. Ellos lloraban y se lamentaban porque el Señor de su pecho había partido y Su asiento quedaba vacío. No podían soportar la ausencia de su Bienamado. Como la paloma desea con vehemencia a su compañera, así se lamentaban ellos por Aquel amado de sus almas. ¿A quién tendrían en el cielo si Jesús se iba? Y fuera de Él nada deseaban en la tierra. Habían enviudado, y rehusaban ser consolados. Nada podía compensarles la ausencia de Jesús, pues Él era su todo en todo. Por Su causa lo habían abandonado todo y le siguieron, y ahora no podían soportar perderlo, y así perderlo todo. Ustedes que han perdido a sus seres más queridos y profundamente reverenciados, serán capaces de adivinar qué tipo de tristeza llenaba los corazones de los discípulos cuando su Amado les dijo que estaba a punto de partir de ellos, y que no le verían por un tiempo. Esta lamentación era natural; y es natural que nosotros también sintamos algún pesar porque nuestro Señor está lejos de nosotros ahora, en cuanto a Su presencia corporal, aunque confío que ya habremos aprendido a ver la conveniencia de Su ausencia, y que estamos tan satisfechos por ella que esperamos con paciencia y con quietud, Su próxima venida.

Incrementaba grandemente la tristeza de los discípulos, el hecho que *el mundo se alegraría* cuando el Señor hubiese partido. “El mundo se alegrará.” Sus enconados enemigos lo llevarían apresuradamente al banquillo de los acusados de Pilato, y triunfarían cuando forzaran una renuente sentencia de ese gobernante servidor de lo temporal. Se alegrarían al verle cargando Su cruz a lo largo de la vía dolorosa. Estarían alrededor de la cruz y se burlarían con sus crueles miradas y con sus denigrantes expresiones, y cuando muriese dirían: “este impostor no podrá hablar más; hemos triunfado sobre quien menospreció nuestras pretensiones, y nos expuso delante del pueblo.” Ellos pensaron que habían apagado la luz que había comprobado ser dolorosa para sus ojos entenebrecidos, y por tanto se alegraron, y por causa de su alegría, creció el torrente de la tristeza de los discípulos.

Hermanos, ustedes saben, cuando experimentan dolor o están sumidos en la tristeza, cuán amarga es la risa burlona de un adversario que se exulta por su abatimiento y experimenta júbilo por sus lágrimas. Esto provocaba dolor por la muerte de su Señor. ¿Por qué habrían de regoci-

jarse por Su causa los malvados? ¿Por qué, el insolente fariseo y el sacerdote, habrían de insultar Su cadáver? Esto restregaba sal en las heridas de los abatidos discípulos, e inyectaba una doble dosis de hiel y ajeno en la copa que ya era lo suficientemente amarga. Por tanto, no se sorprendan porque los discípulos lloraron y se lamentaron cuando manos malvadas mataron a su Señor. Magdalena, llorando junto al sepulcro, actuó según la guiaba su naturaleza compasiva, y ella fue un buen ejemplo para todos los demás.

Había otro elemento que los impulsaba a estar tristes, y era que *Su muerte fue durante un tiempo la frustración de todas sus esperanzas*. Inicialmente habían esperado anhelantes un reino: un reino temporal, el mismo que sus hermanos judíos esperaban. Aun cuando nuestro Señor había moderado sus expectativas y había iluminado sus perspectivas, de tal forma que no buscaban ya tanto una soberanía temporal real, sin embargo, ese pensamiento que “él era el que había de redimir a Israel” todavía permanecía en ellos. Si alguno de ellos hubiese sido lo suficientemente entendido como para creer en un reino espiritual, como tal vez algunos de ellos lo eran, en alguna medida, habría parecido que todas sus esperanzas se derrumbaban por la muerte de Jesús. Sin un líder, ¿cómo podrían tener éxito? ¿Cómo podría establecerse un reino cuando el propio Rey fue asesinado? El que fue traicionado por manos cobardes, ¿cómo podría reinar? El que iba a ser Rey fue escupido y escarnecido y clavado como un criminal en el patíbulo de la cruz, ¿dónde estaba Su dominio? Él fue cortado de la tierra de los vivos, ¿quién le serviría ahora? Su cuerpo yace como arcilla fría en la tumba de José, y se coloca un sello sobre la piedra que tapa el sepulcro; ¿no hubo acaso un fin para las santas esperanzas, un cierre final para todas las santas ambiciones? ¿Cómo podrían estar felices quienes vieron un fin al sueño más hermoso de su vida? Pobres seguidores del monarca muerto, ¿cómo podrían albergar esperanzas en relación a Su causa y Su corona? Sin duda, en su incredulidad, se afligían profundamente porque su esperanza parecía extinguida y su fe trastocada. Sabían tan poco del significado del presente, y adivinaban tan poco de lo que traería el futuro, que la tristeza llenaba sus corazones, y estaban listos a perecer.

Deben recordar que aunado a esto estaba *el recuerdo* que muchos de ellos guardaban *de su amado Señor en Sus agonías*. ¿Quién no se dolería de verle, a altas horas de la noche, conducido apresuradamente del santo retiro en que se encontraba para ser acusado falsamente? ¿Acaso los ángeles no deseaban llorar por simpatía con Él? ¿Quién puede reprimir su tristeza cuando Jesús es insultado por criados, ultrajado por seres miserables, abandonado por Sus amigos y blasfemado por Sus enemigos? Ver al Cordero de Dios tan maltratado era suficiente para quebran-

tar el corazón de un hombre. ¿Quién puede soportar ver Sus tormentos reflejados en Su rostro, o escuchar Sus angustias expresadas en Sus dolidos clamores de “Tengo sed,” y en una exclamación de agonía más aguda todavía, “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” Es poco sorprendente que se dijera de la Virgen que una espada atravesaría su corazón, pues en verdad nunca hubo dolor como el dolor de Jesús, ni angustia que se asemejara a Su angustia. Sus terribles dolores deben haber traspasado el corazón de todos los hombres de mentes rectas que contemplaron sus abatimientos sin paralelo; y especialmente todos los amantes personales de Cristo deben haberse sentido prestos a morir cuando vieron que lo mataban de esta manera. Oh, abismos de dolor que mi Señor padeció, ¿no habrá otros abismos que les respondan? Cuando todas las ondas y las olas de Dios pasan sobre Ti, oh Jesús, ¿no seremos sumergidos nosotros también en el dolor? Sí, en verdad, beberemos de Tu copa y seremos bautizados con Tu bautismo. Ahora nos sentaremos delante de Tu cruz y te contemplaremos una hora, mientras el amor y el dolor ocupan conjuntamente nuestras almas.

Ahora cada cristiano siente simpatía por Él, con el simple recuerdo de lo que soportó nuestro Señor. No pueden leer las cuatro historias de los evangelistas y entretenerlas en una por medio de la imaginación y el afecto, sin sentir que es la nota más sombría la que se adecua a su voz, para cantar en tales circunstancias. Tiene que haber tristeza, es natural que la haya, porque Cristo ha muerto.

Uno de los puntos más agudos acerca de nuestra tristeza por la muerte de Jesús, es que *nosotros fuimos la causa de ella*. Nosotros crucificamos virtualmente al Señor, porque siendo pecadores, Él debía ser convertido necesariamente en un sacrificio. Si ninguno de nosotros se hubiese descarriado como ovejas, entonces nuestros descarrios no habrían sido recogidos y amontonados en la cabeza del pastor. La lanza que atravesó Su corazón de un lado al otro fue forjada con nuestras ofensas: la venganza era exigida por los pecados que *nosotros cometimos* y la justicia exigió sus derechos de Sus manos. ¿Qué amante discípulo rehusaría entristecerse al ver que él mismo ha matado a su Señor?

Ahora, juntando todas estas cosas, pienso que veo abundantes razones del por qué los discípulos estaban afligidos, y por qué debían expresar su aflicción con llantos y lamentos. Ellos se lamentaban como los que participan en un funeral: pues los llantos y los lamentos abundan en los funerales orientales. Los orientales son mucho más expresivos que nosotros, y por eso en las muertes de sus parientes hacen una mayor demostración de dolor, mediante fuertes gritos y derramamiento de lágrimas. Los discípulos son descritos usando las mismas enérgicas expresiones para comunicar su tristeza: “Vosotros lloraréis y lamentaréis,” un dolor

digno del Sepultado por quien guardan luto. “Vosotros lloraréis y lamentaréis”: hubo una doble vía de salida para una doble tristeza: los ojos lloraron y las voces lamentaron. La muerte de Cristo fue un verdadero funeral para Sus seguidores y causó un aplastante dolor, como si cada uno de ellos hubiese perdido a todos los de su casa. ¿Quién se sorprende de que haya sido así?

“Tristeza ha llenado vuestro corazón,” dice Cristo: no tenían espacio para pensar en ninguna otra cosa excepto en Su muerte. Su corazón estaba a punto de estallar por la plenitud del dolor porque les iba a ser quitado, y ese dolor era tan profundo que podía ser comparado con los dolores más agudos que la naturaleza es capaz de soportar, los dolores de parto de una mujer, dolores que parece que deben acarrear muerte con ellos, y comparados con los cuales la muerte misma podría ser un descanso. La agudeza de su angustia en la hora de su tribulación era todo lo que podían soportar, algo más los habría destruido. Todo esto sintieron, y no es ninguna sorpresa si sentimos en cierta medida como ellos sintieron, cuando damos una vista retrospectiva de lo que soportó el Salvador por nosotros. Hasta ahora estamos obligados a conceder que la muerte de nuestro Señor obró dolor: pero hay moderación aun en el luto más justificable, y no debemos entregarnos a un excesivo dolor a los pies de la cruz, para que no degeneren en insensatez.

**II.** Ahora, en segundo lugar, la verdad enseñada expresamente en el texto es que ESTA TRISTEZA ES CONVERTIDA EN GOZO. “Vuestra tristeza se convertirá en gozo.” No intercambiada por gozo, sino realmente transmutada, de tal forma que el dolor se convierte en gozo, la causa de dolor se convierte en la fuente de regocijo.

Comiencen con lo que dije que era un punto muy agudo de este dolor, y verán de inmediato cómo es convertido en gozo. Que Jesucristo murió por nuestros pecados, es causa de un dolor agudo: lamentamos que nuestros crímenes se convirtieran en los clavos y nuestra incredulidad en la lanza: y, sin embargo, hermanos míos, este es el mayor gozo de todos. Si cada uno de nosotros puede decir: “Él *me* amó, y se entregó por *mí*,” somos verdaderamente felices. Si ustedes saben, por fe personal, que Jesús tomó su pecado y sufrió por causa de él en el madero, de tal forma que ahora su deuda está pagada y su transgresión ha sido borrada para siempre por Su sangre preciosa, no necesitan media docena de palabras de mi parte para indicarles que esto, que constituía el centro de su dolor, es también la esencia de su gozo. ¿Qué nos importaría si Él hubiese salvado a todo el resto de la humanidad, pero no nos hubiese redimido *a nosotros* para Dios con Su sangre? Tal vez nos alegraríamos por simple humanidad que otros fueran beneficiados, pero cuán profundo sería nuestro pesar por ser nosotros mismos excluidos de la gracia.



Bendito sea el nombre del Salvador, porque no somos una excepción: en la misma medida en que nos reconvengamos arrepentidamente por la muerte de Jesús, en esa misma medida podemos exultarnos con fe en el hecho de que Su sacrificio ha quitado para siempre nuestros pecados, y por tanto siendo justificados por fe, tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo. Debido a que Dios ha condenado el pecado en la carne de Jesucristo, no nos condenará más a nosotros; de ahora en adelante somos libres, para que la justicia de la ley sea cumplida en nosotros que no andamos conforme a la carne sino conforme al Espíritu. Lamentamos nuestro pecado de corazón, pero no lamentamos que Cristo lo haya quitado ni lamentamos la muerte por medio de la cual, Él lo quitó; más bien nuestros corazones se regocijan en todas Sus agonías expiatorias, y se glorían cada vez que se menciona esa muerte por la cual nos ha reconciliado con Dios. Es algo muy triste que hayamos cometido el pecado que cargó sobre nuestro Señor, pero es un gozo pensar que Él ha puesto sobre Sí nuestro pecado personal y lo quitó de inmediato.

El siguiente punto de gozo es que Jesucristo ha sufrido ahora todo lo que era requerido que sufriera. Que haya sufrido fue causa de dolor, pero que ahora ha sufrido todo, es igualmente causa de gozo. Cuando un campeón regresa de las guerras mostrando las cicatrices del conflicto por el cual ganó sus honores, ¿acaso alguien se lamenta por sus campañas? Cuando abandonó el castillo, su esposa se colgó de su cuello y lamentó que su señor debía ir a las guerras, para desangrarse y tal vez morir; pero cuando regresa con resonante trompeta y el estandarte levantado en alto, trayendo sus trofeos con él, honrado y exaltado en razón de sus victorias en muchas tierras, ¿acaso sus más íntimos amigos lamentan sus arduas labores y sus sufrimientos? ¿Realizan ayunos correspondientes a los días en los que estuvo cubierto del sudor y del polvo de la batalla? ¿Tañen la campana en el aniversario de su conflicto? ¿Acaso lloran por las cicatrices que muestra todavía? ¿No se glorían en ellas como honorables recuerdos de su valor? Ellos estiman que las marcas que el héroe lleva en su carne son las insignias más nobles de su gloria, y las mejores muestras de su proeza. Por tanto no nos entristezcamos hoy porque las manos de Jesús hayan sido traspasadas; he aquí que ahora son “como anillos de oro engastados de jacinto.” No lamentemos que Sus pies hayan sido clavados al madero, pues Sus piernas son ahora “como columnas de mármol fundadas sobre basas de oro fino.” El rostro más desfigurado que el de los hijos de los hombres, es ahora más amable por desfigurado, y Él mismo, a pesar de Sus agonías, está ahora dotado de tal belleza que incluso la extasiada esposa del cantar únicamente puede describirlo como “todo él codiciable.”

El poderoso amor que le permitió soportar Su dolorosa pasión ha impreso en Él encantos completamente inconcebibles en su dulzura. No lamentemos, entonces, pues la agonía ya terminó, y Él no se encuentra en una peor condición por haberla soportado. Ahora no hay cruz para Él, excepto en el sentido que la cruz le honra y le glorifica; ya no queda para Él una lanza cruel ni una corona de espinas, excepto que de ellas Él deriva un rédito de honor y títulos siempre renovados, que le exaltan cada vez más alto y más alto en el amor de Sus santos.

Gloria sea dada a Dios, pues Cristo no dejó de sufrir ni un solo dolor de todos Sus dolores sustitutivos; Él ha pagado hasta el último centavo de nuestro terrible precio de rescate. Los dolores expiatorios han sido todos soportados, la copa de ira fue bebida hasta quedar seca, y debido a esto, nosotros, conjuntamente con todas las huestes de arriba, nos regocijaremos por siempre y para siempre.

Nos alegramos no sólo porque ya ha pasado la hora de dar a luz, sino también porque nuestro Señor ha sobrevivido Sus dolores. Él murió una muerte real, y ahora vive una vida real. Él permaneció en la tumba, y no fue una ficción que el aliento le abandonó: tampoco es una ficción que nuestro Redentor vive. El Señor ciertamente ha resucitado. Él ha sobrevivido la lucha mortal y la agonía, y vive incólume: ha salido del horno y ni siquiera huele a humo. No está lesionado en ninguna facultad, ya sea humana o divina. No ha perdido nada de Su gloria, sino que más bien Su nombre está rodeado ahora de un lustre más resplandeciente que nunca. No ha perdido ningún dominio, y tiene derechos y títulos superiores en un nuevo imperio. Por sus pérdidas resultó ganador y por el abatimiento ha sido exaltado. Él es absolutamente victorioso en todo sentido. Nunca hasta ahora ha habido una victoria ganada que no haya sido en algunos sentidos tanto una pérdida como una ganancia, pero el triunfo de nuestro Señor es gloria sin mezcla. Es una ganancia tanto para Él mismo como para nosotros que participamos de ella.

¿Acaso no nos regocijaremos entonces? Cómo, ¿vas a sentarte a llorar junto a una madre que se alegra al mostrar a su hijo recién nacido? ¿Vas a juntar a un grupo de plañideras que lamenten y lloren cuando nace el heredero de la casa? Esto equivaldría a burlarse de la alegría de la madre. Y así, hoy, ¿recurriremos a música fúnebre y cantaremos himnos de dolor cuando el Señor ha resucitado, y no sólo está incólume, ileso e invencible, sino que es mucho más glorificado y exaltado que antes de Su muerte? Él se ha ido a la gloria porque toda Su obra está terminada. ¿No debería convertirse en gozo tu tristeza en el más enfático sentido?

Y tenemos que agregarle esto, que el grandioso fin que Su muerte pretendía alcanzar está todo cumplido. ¿Cuál era esa fin? Puedo dividirlo en tres partes.

Era quitar el pecado por el sacrificio de Sí mismo, y eso está cumplido. Él ha puesto fin a la transgresión, Él ha terminado con el pecado; Él ha tomado toda la carga del pecado de Sus elegidos y la ha arrojado al pozo del abismo; si fuera buscado allí, no sería encontrado, sí, no está, dice el Señor. Él ha alejado de nosotros nuestro pecado, cuanto está lejos el oriente del occidente, y ha resucitado para demostrar que todos aquellos por quienes murió, son justificados en Él.

Un segundo propósito fue la salvación de Sus elegidos, y esa salvación ha sido obtenida. Cuando Él murió y resucitó, la salvación de todos los que estaban en Él, fue colocada más allá de todo riesgo. Él nos ha redimido para Dios por Su sangre mediante una redención eficaz. Nadie de los que fueron redimidos por Él será esclavizado; nadie de aquellos cuyos nombres están grabados en las palmas de Sus manos, será dejado en el pecado o arrojado en el infierno. Él ha ido a la gloria llevando sus nombres en Su corazón, e intercede allí por ellos, y por eso puede salvarlos perpetuamente. “Padre,” dice, “aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado,” y esa súplica eficaz hace posible que estén con Él y sean semejantes a Él cuando llegue el fin.

Sin embargo, el grandioso objetivo de Su muerte fue la gloria de Dios, y verdaderamente Dios es glorificado en la muerte de Su Hijo, más allá de todo lo que se conocía antes o después; pues aquí el propio corazón de Dios es abierto de par en par para la inspección de todos los ojos de los creyentes: Su justicia y Su amor, Su rígida severidad que no pasará por alto al pecado sin expiación, y Su ilimitado amor que da lo mejor de Sí, el amado de Su pecho, para que se desangrara y muriera en lugar nuestro—

***“Aquí relucen profundidades de sabiduría,  
Que los ángeles no pueden rastrear;  
El rango más alto de los querubines  
Se pierde todavía en sorprendida mirada.”***

Sí, oh Cristo de Dios, “Consumado es.” Has hecho todo lo que tenías la intención de hacer, todo el designio completo ha sido cumplido, ni un solo propósito ha fallado, ni siquiera una parte de algún propósito ha dejado de cumplirse, y por tanto, ¿no deberíamos regocijarnos? El niño ha nacido. ¿No nos alegraremos? El trabajo de parto habría sido un tema de gran dolor si la madre hubiera muerto, o el niño hubiese perecido en el nacimiento: pero ahora que todo terminó, y todo está bien, ¿por qué deberíamos recordar la angustia por más tiempo? Jesús vive, y Su gran salvación alegra a los hijos de los hombres. ¿Por qué habríamos de pulsar la cuerda del luto y lamentarnos angustiosamente como palomas? ¡No! Toquen el clarín, pues la batalla ha sido peleada y la victoria ha sido obtenida para siempre. *Victoria, VICTORIA, ¡VICTORIA! ¡Su propia dies-*

tra y Su brazo santo le han obtenido la victoria! Aunque el campeón murió en el conflicto, sin embargo, en Su muerte el mató a la muerte y destruyó a quien tenía el poder de la muerte, esto es, el diablo. Nuestro glorioso Campeón se ha levantado de Su caída, pues era imposible que fuese retenido por los lazos de la muerte. Él ha matado a Sus enemigos, pero, en cuanto a Él mismo, se ha levantado del sepulcro, ha surgido como del corazón del mar. ¡Gocémonos como lo hizo Israel junto al Mar Rojo, cuando el Faraón fue vencido! Con pandero y danza canten al Señor las hijas de Israel, pues Él ha triunfado gloriosamente, y ha destruido completamente a todos nuestros adversarios.

Todavía no habremos completado esta obra de convertir la tristeza en gozo mientras no observemos que ahora, las mayores bendiciones posibles se acumulan sobre nosotros porque Él fue hecho maldición por nosotros. A través de Su muerte viene el perdón, la reconciliación, el acceso, la aceptación: Su sangre “habla mejor que la de Abel,” e invoca todas las bendiciones del cielo sobre nuestras cabezas.

Pero Jesús no está muerto. Él resucitó, y esa resurrección trae justificación, y la carta de seguridad de Su perpetua intercesión en el cielo. Nos trae Su presencia representativa en la gloria, y la preparación de todas las cosas para que estén listas para nosotros en las muchas mansiones: nos trae una participación en “toda potestad que le es dada en el cielo y en la tierra,” en cuya fuerza nos ordena que vayamos y enseñemos a todas las naciones, bautizándolas en Su nombre sagrado. Amados, Pentecostés viene a nosotros porque Jesús partió de nosotros; los dones del Espíritu Santo: dones que iluminan, consuelan, reviven, el poder para proclamar la palabra, y el poder que acompaña esa palabra, todo eso nos ha llegado porque ya no está más con nosotros, pues ha pasado a través de las regiones de los muertos para recibir Su corona.

Y ahora, hoy, tenemos de nuevo este gran gozo: que debido a que Él murió, hay un reino establecido en el mundo, un reino que no puede ser conmovido, un reino cuyo poder subyace en la debilidad, y sin embargo es irresistible: un reino cuya gloria radica en el sufrimiento, y sin embargo no puede ser aplastado: un reino de amor, un reino de abnegación, un reino de amabilidad, verdad, pureza, santidad y felicidad. Jesús lleva la púrpura imperial de un reino en el que Dios ama a los hombres y los hombres aman a Dios: habiendo demostrado ser el Príncipe del amor que se inmola, Él es justamente exaltado al trono en medio de las aclamaciones de todos Sus santos. Su reino, informe como parece a los ojos carnales, como una piedra excavada de un monte sin el uso de las manos, hará pedazos, sin embargo, a todos los reinos de este mundo en el tiempo señalado, y abarcará toda la tierra. Su reino crecerá, y se extenderá a partir de un puñado de grano en las cumbres de los montes y su fruto

hará ruido como el Líbano; un reino que incluirá todos los rangos y condiciones de hombres, hombres de todos los colores, de todas las tierras y naciones, circundando a todos de la misma manera que el océano rodea las muchas tierras. El reino incólume del Pastor sufriente, inaugurado por su muerte, establecido por Su resurrección, extendido por la venida del Espíritu Santo en Pentecostés, y afirmado por el pacto eterno, se aproxima aceleradamente. Cada hora alada lo acerca más a su manifestación perfecta. Sí, el reino viene: el reino cuyo fundamento fue puesto en la sangre de Su Rey en el Calvario. Felices aquellos que están colaborando en su establecimiento, pues cuando el Señor sea revelado ellos también serán manifestados con Él. El Señalado entre diez mil y los diez mil con Él, estarán lado a lado en el día de la victoria, de la misma manera que estuvieron lado a lado en la hora de la refriega. Entonces, en verdad, nuestra tristeza se convertirá en gozo.

Allí debemos concluir el tema, haciendo únicamente la observación de este hecho, que ese gozo es verdaderamente gozo del corazón. “Se gozará vuestro corazón,” dijo el Salvador. El nuestro no es un júbilo superficial, sino una bienaventuranza profundamente arraigada en el corazón. Ese gozo es también un gozo permanente. “Nadie os quitará vuestro gozo.” No, ni el demonio tampoco. Ni el tiempo ni la eternidad pueden robarnos ese gozo. Al pie de la cruz brota una centelleante y espumosa fuente de gozo, que no podrá secarse nunca, sino que debe fluir para siempre; en verano y en invierno fluirá, y nadie podrá impedir que nos acerquemos a las aguas vivas, sino que beberemos a plenitud por siempre y para siempre.

**III.** Y ahora, mi último punto será EL PRINCIPIO GENERAL INVOLUCRADO EN ESTE CASO PARTICULAR.

El principio general es este, que en conexión con Cristo deben esperar tener tristeza. “Vosotros lloraréis y lamentaréis, y el mundo se alegrará.” Pero independientemente de cualquier tristeza que sientan en conexión con Jesús, hay esta consolación: los dolores son todos dolores de parto, todos son los preliminares necesarios de un gozo siempre creciente y abundante. Hermanos, como ustedes han llegado a conocer a Cristo, han sentido un dolor más agudo por cuenta del pecado. Dejen que permanezca, pues está obrando santidad en ustedes, y la santidad es felicidad. Últimamente han sentido una sensibilidad más viva a causa de los pecados de los que los rodean, no deseen ser privados de ella: será el medio para que los amen más, para que oren más por ellos, y para que busquen más su bien, y estarán mejor calificados para prestarles un servicio real y conducirlos a su Señor.

Tal vez han tenido que soportar un poco de persecución, duras palabras, y un trato frío. No se impacienten, pues todo esto es necesario para

llevarlos a tener comunión con los sufrimientos de Cristo, para que puedan conocerlo más y puedan asemejarse más a Él. Algunas veces ven la causa de Cristo como si estuviese muerta, y se entristecen por ello, se entristecen hasta el límite. El enemigo triunfa, la falsa doctrina progresa, Jesús parece ser crucificado de nuevo, o permanece escondido en el sepulcro, olvidado, como un muerto al que no se recuerda. Está bien que sientan así, pero en ese mismo sentimiento debe existir la plena persuasión que la verdad de Cristo no puede ser enterrada por largo tiempo, sino que espera para levantarse otra vez con poder. El Evangelio nunca permaneció en el sepulcro más de sus tres días correspondientes. Nunca rugió un león en su contra sin que se volviese y destrozase al enemigo para que luego se encontrase en su cuerpo un panal de miel. Siempre que la verdad parece ser repelida, no hace sino hacerse para atrás para dar un salto más asombroso hacia adelante. Como cuando la marea se retira muy lejos, esperamos que regrese en la plenitud de su fuerza, lo mismo sucede con la iglesia. Si vemos que la marea se retrae poco, sabemos que no se levantará mucho, pero cuando vemos el arroyo extinguiéndose con prontitud, dejando el lecho del río casi seco, esperamos verlo rodar con violencia cuando suba la marea hasta desbordar sus riberas.

Siempre esperen el triunfo del cristianismo cuando otros les digan que está derrotado; esperen encontrarlo en el propio lugar donde está cubierto de infamia y de vergüenza, pues allí ganará sus más gloriosos laureles. Las victorias superlativas de la verdad siguen a sus peores derrotas. Tengan fe en Dios. Me dicen que la tienen; entonces, dice su Señor: "Creéis en Dios, creed también en mí." Crean en Cristo, confíen en Él, descansen en Él, contiendan por Él, trabajen para Él, sufran por Él, pues Él vencerá. Incluso ahora se sienta como Rey sobre el monte de Sion, y pronto los paganos se convertirán en Su herencia, y los confines de la tierra serán su posesión. Su tristeza se convertirá en gozo en todos estos casos.

Siempre que su tristeza sea el resultado de pertenecer a Cristo, deben congratularse por ello, pues así como la primavera engendra al verano, así la tristeza vinculada con Cristo nos produce gozo en el Señor. Pronto vendrá su última tristeza: a menos que el Señor venga súbitamente, ustedes morirán. Pero estén contentos de morir. Esperen la muerte sin la menor alarma. La muerte es la puerta del gozo sin fin, y ¿tendremos temor de entrar allí? No, si Jesús está con ustedes, enfrenten la muerte gozosamente, pues morir es romper las ataduras de esta muerte que nos rodea por todas partes, y entrar en la verdadera vida de libertad y bienaventuranza. Incluso en el fin, la tristeza equivaldrá para ustedes a los do-

lores del alumbramiento de su gozo. Lleven ese pensamiento con ustedes y siempre estén alegres.

Con una observación termino. No voy a reflexionar sobre ella, sino que la dejaré para que se quede en la memoria de quienes tengan que ver con ella. La presento a las mentes de todos aquellos que no son creyentes en Cristo. ¿Se fijaron que el Señor dice: “vosotros lloraréis y lamentaréis, *y el mundo se alegrará*; pero aunque vosotros estéis tristes, vuestra tristeza se convertirá en gozo.” Ahora, ¿qué está implicado allí para completar la frase? Pues bien, que la alegría del mundo se convertirá en tristeza. Así será. No hay ningún placer que goce el impío cuando se entrega al pecado, que no se cuaje en dolor y se convierta en tristeza para siempre. Pueden estar seguros que el vino de la transgresión se tornará amargo hasta convertirse en el vinagre del atroz remordimiento que disolverá el alma del rebelde. Las chispas que ahora te deleitan prenderán las llamas de tu eterna condenación. Cada pecado, aunque parezca dulce cuando es como un higo verde, se convierte en la amargura misma cuando llega a su madurez. Ay de ustedes que ríen ahora, pues llorarán y se lamentarán. Ay de ustedes que ahora se regocijan en el pecado, pues crujirán sus dientes, y llorarán y gemirán por causa de ese mismo Cristo que ahora rechazan. Todas las cosas serán trastornadas. Bienaventurados los que lloran ahora, porque ellos recibirán consolación, pero ay de ustedes que están hartos hoy, pues tendrán hambre. El sol pronto se pondrá para ustedes que se gozan en el pecado. Una tristeza como una densa nube está descendiendo ahora para cubrirles eternamente con sus horriblas tinieblas. De esa nube saltarán fogonazos de eterna justicia, y repicarán los truenos de la justa condenación. “Sobre los malos hará llover calamidades; fuego, azufre y viento abrasador será la porción del cáliz de ellos.” Que el Señor les libre de tal condenación llevándolos ahora a someterse a Jesús, y a creer en Su nombre. Que nos conceda esta oración por medio de Jesús. Amén.

### **Porción de la Escritura leída antes del Sermón: Juan 16.**

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #1442—Volume 24

SORROW AT THE CROSS TURNED INTO JOY